

El mundo de los infieles

C amaradas: seguramente ustedes no recuerdan, ni por asomos, a Constantino Francisco Chasseboeuf. No lo recuerdan, claro está. Y tampoco recuerdan, ni mucho menos, al Conde de Volney. Pues, da la casualidad, como dicen las señoras, que son la misma persona. Nosotros, dicho sea con oportunidad, tenemos presente al famosísimo Conde. Sí. Sin más remedio. La debemos a Monsieur Volney una lectura absolutamente, definitivamente, inolvidable. Una de nuestras primeras lecturas cabales. Cabales y, en este caso particular, liberadoras. Nos referimos al libro con que el Conde de Volney pasó a la historia de la cultura francesa de su tiempo. Se titula este libro "Las Ruinas de Palmira".

Recordemos, pues, Que el Conde de Volney nació en 1757 y murió en 1820. Y que fue, muy a su manera, pensador. Fue medio filósofo. Y fue, naturalmente, escritor de buena gracia y de igualmente buen estilo. El Conde de Volney vivió, por otra parte, en época crítica. La época en que se gestó, con todos sus pelos y señales, la Revolución Francesa. ¿Cómo iba a escapar este gratisimo escritor a la influencia de tamaña circunstancia? Imposible. El testimonio más preciso, así, de su condición de hombre de su momento es "Las Ruinas de Palmira". Este libro, mucho menos extenso que profundo, llegó a las manos de todos los lectores. Fue publicado numerosas veces. Fue traducido a todas las lenguas. Satisfizo todos los niveles intelectuales. Lo mantenía el magistrado en su gaveta y lo llevaba en el bolsillo, con igual fervor, su cochero.

"Las Ruinas de Palmira" debe haber sido traducido, pensamos ahora, al árabe. En todo caso, nos lo ha recordado mucho todos estos días el gran Rey Husein de Irak. ¿A qué debemos tan especial relación? La debemos, sin más ni más, a que el citado Rey, al no más salirles al paso a los imperialistas, declaró santa esta guerra. Y, además, en varias ocasiones, nos ha hecho saber que esta guerra del Golfo Pérsico por cuanto está dirigida contra los infieles es más santa que ninguna otra. La cosa es mucho más seria de lo que, a primera vista, pueda parecemos. ¿Qué tiene que ver con esto el Conde de Volney? Ya lo vamos a ver.

Al Conde de Volney lo podemos declarar, en materia de fe, padre de la Ley de la Relatividad. Esta ley aparece expuesta, para quien sepa leer, al través de las inolvidables páginas de "Las Ruinas de Palmira". El libro tiene muchos pero muchos, vericuetos. Sin embargo, nos lo sostiene en la emoción y en el recuerdo y en la frecuencia el hilo ideológico que le confiere la unidad requerida. Todo él está desarrollado en forma parabólica o, si queremos, apologal. En lo que queda de la hermosa ciudad antigua sólo hay desolación. Ruinas apenas. Sobre ellas cae, perfecta, la luna llena. Como todo está tan claro, las ruinas, se llenan, de pronto, de una muchedumbre que busca orientación a sus ansiedades. La muchedumbre hace silencio. Medita largamente. Y, cuando menos lo piensa, oye un tenue ruido. Lo forma una nube que baja y se posa en el centro de todos. De

la nube emerge el personaje que todos presentían tal vez. Una especie de filósofo que pide atención y que, ante el pasmo de los oyentes, echa su tesis apaciguadora.

Esta tesis, reducida a su línea esquemática, resulta tan elemental como apasionante. Todos los hombres somos, en cuanto que sustentadores de una fe, iguales. Indiscutiblemente iguales. ¿En qué podríamos distinguir, por ejemplo, a un musulmán de un budista, a un cristiano de un ortodoxo, a un bonzo tibetano de un amauta incaico? No los podemos, en verdad, distinguir en mayor cosa. Pues, así como todos los creyentes son iguales en cualquier lugarejo de la tierra, en cualquier lugarejo de la tierra todas las religiones son iguales. Tan iguales, pero tan iguales, que cada creyente considera que su colega de la religión de enfrente es el infiel. Lo considera así, con toda razón, en la misma medida en que ese colega de enfrente sostiene, con toda exactitud, lo contrario. Cada uno, en suma, visto por el otro es infiel. Cualquiera de los dos que le declare la guerra al otro la califica, como es natural y lógico de santa. En esto no nos podía fallar, haya leído o no "Las Ruinas de Palmira" el buenazo de Husein de Irak. Curioso, ¿no es cierto?

"Las Ruinas de Palmira", por la agudeza de su tesis, es el catecismo de toda liberación. De toda desalineación, más bien. Si todas las religiones son iguales, cosa evidente, lo mismo nos da que le encendamos lámparas al Crucificado, por caso, que a la efigie sonriente de Buda; al entrañable Padre Viracocha, que al Profeta Mahoma. El libro de Volney nos demuestra, para ser precisos, que, a la hora de la verdad religiosa, todos somos idólatras. Y que todos, sin excepción, somos al mismo tiempo fieles e infieles. Ni el Gallo de la Pasión, tan justamente famoso, canta con mayor claridad.

El Rey Husein de Irak, como solemos decir, se las trae. Sabe lo que está haciendo. Le resulta correctísimo, entre otras cosas para alentar a sus combatientes, declarar santa una guerra que, como la que ha desatado en el Golfo Pérsico, viene a pelo contra los infieles. ¿Acabará él con los infieles imperialistas? Es la primera vez en que, habiendo sido eximidos de toda alienación religiosa por "Las Ruinas de Palmira", votamos religiosamente, como el más peludo de los musulmanes, por tan salvador acabamiento.